

Entre amigas



Correspondencia entre
Hannah Arendt y Mary McCarthy
(1949-1975)

Lumen

Entre amigas

Correspondencia entre
Hannah Arendt y Mary McCarthy
(1949-1975)

Edición, introducción y prólogo de
Carol Brightman

Traducción de
Ana María Becciu

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Introducción

Una novela epistolar

Para decir cómo es la vida, y cómo nos trata la suerte o el destino, sólo podemos narrarla, como un cuento.

HANNAH ARENDT, 31 de mayo de 1971

Se conocieron en el Murray Hill Bar, en Manhattan, en 1944. Mary McCarthy, que por aquel entonces estaba casada con Edmund Wilson, había ido allí en compañía del crítico Clement Greenberg, hermano de Martin Greenberg, que trabajaba con Hannah Arendt en Ediciones Schocken. Arendt ya había publicado artículos y ensayos en el *Menorah Journal* y en el *Contemporary Jewish Record*, que ahora empezaban a aparecer en *Commentary*, *Partisan Review* y *The Nation*. Dejaba así el círculo restringido de los inmigrantes judíos alemanes para penetrar en el otro más amplio de los intelectuales neoyorquinos. No era aún la figura que sería más tarde, pero, a los tres años de haber desembarcado en Estados Unidos, emanaba de ella una autoridad que, como escribió uno de sus contemporáneos, William Barrett, al recordarla, «daba la impresión de estar hablando de algo más antiguo y

más profundo, eso que ella entendía por la cultura europea» y que fascinaba a sus nuevos amigos norteamericanos.

Fue el humor escéptico de Hannah Arendt lo que más asombró a Mary McCarthy en aquel año de 1944, y una despreocupación, una desenvoltura, análoga a la de Heinrich Blücher, su esposo berlinés, que se ponía de manifiesto en los chistes de refugiados, como aquel del *dachshund* emigrado que lamentaba su vida anterior de San Bernardo. «Tenía tal vitalidad —evocaba McCarthy en el curso de una entrevista que le hice en 1985— una vitalidad extraordinaria, eléctrica ... Me deleitaba, me maravillaba.» América, dijo muy jocosa Arendt aquel día en el Murray Hill Bar, no se había «cristalizado» aún. Seguía siendo una nación de tenderos y campesinos, que más pertenecían al viejo mundo que al nuevo y cuya visión social era tan estrecha como amplia había sido la visión política de los Padres fundadores del país.

Dándole un giro distinto, McCarthy se hizo eco de esta observación en un ensayo escrito en 1947. En un afán por dar cuenta del nomadismo que caracterizaba la vida en Estados Unidos, y de lo que ella consideró como «la fealdad de la decoración norteamericana, las diversiones norteamericanas, la literatura norteamericana», en «Norteamérica la hermosa» se preguntaba si esta «vulgaridad» no era la «expresión visible del empobrecimiento de las masas europeas, una manifestación del retraso, las privaciones y la miseria que desembarcaron aquí por toneladas, procedentes de Europa». Haciendo hincapié en la inmensa popularidad que tenían las películas estadounidenses en el exterior, afirmó que «Europa es el negativo incompleto del cual Norteamérica es la prueba».

Europa era, además, el hogar de una «clase alta estable», cuya inexistencia en Estados Unidos, razonaba McCarthy,

«era causa, en gran medida, de la vulgaridad de la vida norteamericana».[1] No era la Europa de Hannah Arendt. Ni la «república», como a menudo llamaba Arendt a su país de adopción, se parecía a los Estados Unidos de la posguerra que describía McCarthy. Arendt veía otra cosa. En una carta que dirigió a Karl Jaspers en 1946, le decía con satisfacción que en Estados Unidos no había un «Estado nacional» ni una «tradición verdaderamente nacional».[2]

Las fantasías fueron el motor principal del potencial creativo de estas dos mujeres, que era considerable, y fecundaron no sólo su amistad, que no hizo más que crecer con el tiempo tras un fugaz malentendido que hubo entre ellas al comienzo, sino también su trabajo, en su mayor parte inspirado en ideales inherentes a sus respectivas tradiciones. Pienso en el compromiso crítico de Arendt (en *Sobre la revolución y Crisis de la República*) con los principios políticos contenidos en la Constitución y en la Declaración de Derechos, y en el de Mary McCarthy en *Venice Observed*, *Piedras de Florencia* y *Pájaros de América*, este último preñado de la filosofía moral de Kant. En *El grupo*, incluso, con su elenco de personajes muy norteamericanos salidos de la promoción de 1933 del Vassar College, la última palabra la tiene la muchacha que se va: «lacayo», es quien parte a Europa y regresa en la víspera de la guerra en compañía de una alemana, la muy poco femenina baronesa d'Estienne.

En los últimos años de su vida, McCarthy consideraba que su amistad con Hannah Arendt y el crítico italiano Nicola Chiaromonte, a quien también había conocido en 1944, había propiciado en ella una suerte de conversión. «¡Fue probablemente Europa! Me doy cuenta en este preciso instante, no se me había ocurrido antes», me dijo en el otoño de 1980

recordando aquel verano inolvidable en que sucumbió fascinada por Chiaromonte. Fue en el verano de 1945, en la playa de Truro, ya separada de Edmund Wilson, ella y Chiaromonte habían hablado de Tolstói y Dostoievski, «y el *cambio*, viniendo de alguien como Edmund y su mundo ... y la mayor parte de los muchachos de *Partisan Review* —exclamó— me dejó absolutamente deslumbrada».

McCarthy ya había escrito reseñas de piezas teatrales para *Partisan Review* y una ficción autobiográfica que luego incluyó en *The Company She Keeps*. En 1945 estaba traduciendo «L'Iliad, ou le poème de force», un ensayo de Simone Weil, para la revista *politics* de Dwight Macdonald, y leía novelas rusas para su primer empleo docente en el Bard College. El cambio al que se refería estaba en la atmósfera, especialmente después de que Hiroshima pusiera fin a su actividad política de entonces y tras su breve coqueteo con el trostkismo. «Teníamos sentimientos apremiantes, en el sentido bíblico», recordó al evocar al pequeño grupo de Truro, entre los que se contaban James Agee, Niccolo Tucci y Miriam, la esposa de Chiaromonte. Pero ese «despertar absoluto» al que ella se refería implicaba esencialmente «pensar en lo que estos escritores [Weil y los rusos] estaban *diciendo*».

Edmund Wilson, cuyo monumental estudio de la tradición revolucionaria europea, *To the Finland Station*, se había publicado diez años antes, representaba para McCarthy, «en comparación, un punto de vista literario vacío». A él no se le ocurría nada más que considerar a Tolstói y a Dostoievski como dos simples «escritores», o decir que «el estilo de Tolstói era por supuesto superior al de Dostoievski, pero que escribía en un mal ruso, y cosas así ... Jamás se les ocurrió a ninguno de ellos que pudiera existir una relación entre sus pro-

pias vidas, su manera de vivir y aquello en lo que creían».[3] Para McCarthy esta relación era algo esencial. Como si las pérdidas que había experimentado en los primeros años de su vida la hubieran hecho especialmente vulnerable al poder de la literatura para dotar de propósito y sentido a esas «melladas tenazas» del yo, «que rasaron los suelos de mares silenciosos», de las que habla Eliot en «El canto de amor de J. Alfred Prufrock».

Chiaromonte y Arendt eran distintos, distintos entre sí como lo eran de los intelectuales neoyorquinos que McCarthy conocía. Pero ambos eran europeos —«Platónicos también», notó McCarthy en 1980, «o socráticos, mejor dicho»—, preocupados fundamentalmente por la moral, tanto en el terreno personal como político. Una concepción que Mary juzgaba más interesante que la preconizada por la sumisión de la política a la ideología. En el credo de Hannah Arendt, *amor mundi*, la exigencia de colocar el amor del mundo en el lugar de la preocupación excesiva por sí mismo, por ejemplo, devolvía a la vida política algo de ese poder de redención que en su juventud McCarthy había encontrado en la religión.

No es difícil de imaginar lo que ella vio en Hannah Arendt, que «poseía el don de pensar poéticamente en medio de las ruinas de los tiempos sombríos de la humanidad», como escribió uno de los admiradores jesuitas de Arendt.[4] Su amistad, no obstante, hubo de superar una observación poco feliz que hizo McCarthy en 1945, encontrándose ambas en una cena, en Nueva York. Se hablaba de la actitud hostil de los ciudadanos franceses hacia los alemanes que ocupaban París. Mary declaró que lo lamentaba por Hitler, pues era un hombre tan absurdo que hasta deseaba el amor de sus vícti-

mas. La frase fue puro Mary McCarthysmo, calculada para ofender a los antifascistas devotos, no a Hannah Arendt. Pero Arendt se enfureció: «¿Cómo se atreve usted a decir algo así en mi presencia, yo, una víctima de Hitler, alguien que ha estado en un campo de concentración?».[5] McCarthy no atinó a disculparse. Tres años después se cruzaron en una estación del metro, a la salida de una reunión en la que se había discutido acerca del futuro de la revista *politics*, y Arendt, según refirió McCarthy, se volvió hacia ella y le dijo: «Termine-mos con esta tontería. Pensamos de forma muy parecida». McCarthy se disculpó por lo que había dicho en aquella cena y Arendt admitió que jamás había estado en un campo de concentración, sino internada en un campo en Francia. Y a partir de entonces la amistad entre ellas se profundizó hasta un grado que no tiene equivalente entre los intelectuales modernos.

Mary McCarthy nació en Seattle, en 1912. Quedó huérfana a los seis años y fue criada por tutores católicos, protestantes y judíos. Con el tiempo se transformó en una joven voluntariosa y obstinada que no se doblegaba ante nadie, salvo las mujeres intelectuales que fue conociendo durante su época de estudiante: primero, las *mesdames* del convento del Sagrado Corazón, en Seattle, más tarde, las del seminario Annie Wright, en Tacoma, y, por último, las del Vassar College.

Hannah Arendt nació en Hannover, en 1906 y se crió en Königsberg, Prusia oriental. Hija única de padres judíos instruidos, fue, en cierto sentido, la más distinguida de las maestras de McCarthy. No obstante su autoridad, tanto moral como intelectual, McCarthy no dudó en poner en tela de jui-

cio el pensamiento de Arendt cuando éste le pareció oscuro o que violaba su sentido de la realidad. Cuando, por ejemplo, critica la definición de totalitarismo que da Arendt, diciendo que es «un plan urdido por la mente de ciertos hombres que se sentían desclasados, con afán de arrebatárles a otros hombres su sentido de la realidad», aborda una diferencia interesante entre ellas, que dio vida a veinticinco años de correspondencia, otorgándole esa cualidad que tiene de *conte philosophique*.

En el fondo, sus divergencias con Arendt se centraban en la cuestión del cambio —no el cambio político, al cual se adhirieron las dos en épocas de crisis (Vietnam, Watergate), aunque Arendt, en razón del conocimiento que tenía del totalitarismo, era más pesimista, sino el cambio personal, principalmente en las relaciones íntimas con el sexo opuesto. McCarthy creía que el amor podía operar una suerte de transformación personal y que esto era lo único que justificaba que uno se enamorase. (Por eso, tal vez, era tan propensa a enamorarse y estaba tan convencida de que el amor podía mejorar a las personas.) Arendt, en cambio, que defendía la idea nietzscheana de que uno se convierte en lo que «uno es», tenía una visión más sombría, más europea, aunque no por ello, a su manera, menos romántica. «Es muy cierto que hay una buena dosis de crueldad en todo esto —escribió Arendt en una carta en respuesta a otra que Mary le envió en 1956 relatándole su fracaso sentimental con un crítico londinense—, pero no puedes esperar que quien te ama te trate a ti menos cruelmente de lo que se trata a sí mismo.» Arendt evoca a Brecht en esta carta: «Le presento a alguien en quien usted no podrá confiar»; y a Heidegger, profesor de Arendt en 1925, con quien había mantenido un idilio en su juventud

(«el gran idilio de su vida», según me lo refirió McCarthy en 1985).

Estas observaciones acerca del amor ponen de manifiesto un aspecto inesperado de Hannah Arendt, y que salía a relucir con las complicaciones sentimentales en las que sin cesar se debatía McCarthy. Las aprensiones de Arendt cada vez que veía a su amiga dispuesta a dejarlo todo por un hombre volvieron a surgir en 1960, cuando McCarthy se lanzó en una loca aventura con el encargado de negocios de la embajada de Estados Unidos en Varsovia, Jim West, que se convertiría en su cuarto marido.

Distancia, pues, por parte de Hannah Arendt, pero no indiferencia, como lo demuestra la anécdota que relata William Phillips, director de *Partisan Review*. Después de un encuentro con Simone de Beauvoir, en 1947, Phillips comentó a Arendt lo sorprendido que estaba de la «infinidad de tonterías» que Beauvoir podía decir sobre Norteamérica. «El problema, William, es que usted no se da cuenta de que ella no es muy inteligente. En vez de discutir con ella, mejor sería que la cortejara», le respondió Arendt.[6]

Una reacción análoga le produjo el hecho de que McCarthy se empecinara contra viento y marea en querer divorciarse para volver a casarse. «Pero ¿por qué no podéis simplemente vivir juntos?», recordaba Mary en 1985 que Hannah le había dicho. «Quería que contempláramos seriamente esa posibilidad. Y dondequiera que ahora esté, probablemente seguirá sin entender por qué no lo hicimos de ese modo.»

Este tipo de comentarios sobre «los espirales sinuosos del corazón» (frase de Auden, que Arendt repetía encantada) aparecen en toda la correspondencia, en la cual, a diferencia de las de otros escritores, las dos protagonistas no se privan,

en medio de reflexiones de alto vuelo, de contarse «cosas de mujeres», y hasta chismes. Lo que confiere a sus cartas su rara cualidad, su fuerza teatral, es esta manera directa, urgente a veces, de expresarse. Incluso sus comentarios sobre cuestiones personales se leen como un diálogo, un diálogo portador de pensamiento.

El pensamiento, tal como se manifiesta en estas cartas (esta «cuestión de ponerse a pensar», como Arendt llamaba a su pasatiempo favorito) no debe confundirse con ideas u opiniones, que pueden, o no, resultar del pensamiento. Las reflexiones de Arendt y McCarthy acerca de las *idées reçues* de la vida intelectual del siglo xx son ejercicios de pensamiento crítico, pero también difieren de la *actividad* de pensar que descubrimos en las cartas. Podríamos llamarlo pensamiento puro, si tal adjetivo no violara el espíritu del «ego pensante» de Arendt. En el acto de pensar —ya sea sobre los asuntos del corazón, la delincuencia urbana, las revueltas estudiantiles o el *Black Power*— Arendt va y viene constantemente por el puente que de ordinario separa la experiencia de la vida cotidiana de su contemplación. La esencia de esta forma de pensar es su capacidad para ver el mundo con más nitidez, y no conformarse solamente con la experiencia que tenemos del mundo, para despojarlo de la superstición, el sentimiento y el ropaje de la teoría.

En este sentido, tanto en sus ensayos políticos como en su correspondencia, efectivamente Arendt se parece a Sócrates, que se proponía *bajar la filosofía a la tierra* a fin de examinar los parámetros invisibles con los cuales juzgamos las cosas de los hombres. Cuando le pregunté a Jerome Kohn, ayudante de cátedra de Arendt en la década de 1970, si el Juicio, tema del tercer volumen de *La vida del espíritu*, que no

llegó a escribir, podría haber significado un escollo, «De ninguna manera», me contestó, haciendo hincapié en una particularidad que descubrirán los lectores de esta correspondencia. «Hannah practicó el juicio durante toda su vida. Juzgar los acontecimientos, entender sus consecuencias para que los demás las comprendan, era para ella un ejercicio de sentido común.»

Esta clase de consideración —que no debe confundirse con *ser bueno*— es lo opuesto a la elevación tradicional del *pensamiento* a un visado de salida del mezquino mundo de las apariencias. Cuando Hannah Arendt habla de la «consideración atontada [...] de los intelectuales», podríamos criticar la torpeza germánica de la frase. Pero no debemos olvidar que el inglés era su tercera lengua, después del alemán y el francés. Sin embargo, una vez superado el obstáculo, el esfuerzo se ve recompensado con una forma nueva de pensar el mundo. Una metáfora de la forma de pensar de Arendt sería el trenecito que a ella le gustaba tomar en los Alpes suizos. Lo llamaba «Bimmel-Bammel», y subía en Tegna, su retiro estival en las montañas, para ir a Locarno, al circo y al cine. «Rodeada de amigos, viajaba como una pasajera solitaria en su tren del pensamiento», escribe McCarthy en su «Adiós a Hannah», a propósito de la desolación en que quedó sumida Arendt tras la muerte de Heinrich Blücher en 1970. Una imagen que evoca perfectamente la sensación que tenemos, leyendo a Arendt, de una mente que viaja.

El escritor Gordon A. Craig cuenta que, al tomar recientemente el tren Frankfurt-Hamburgo, fue recibido por una voz que decía: «Bienvenidos a bordo del InterCity Express *Hannah Arendt* —o lo que signifique ese nombre— y os deseo un viaje agradable». Un rato después la misma voz regresó

para decir: «Hannah Arendt fue una *Dichterin* [poeta o autor]». Y, por último: «Por cierto, me acaban de informar: Hannah Arendt fue una *Philosophin*».[7] La anécdota es curiosa y demuestra que, al parecer, cierta justicia se le ha hecho. (En Estados Unidos no se da a los trenes nombres de poetas o filósofos, pero los científicos de la NASA, al confeccionar el mapa de Venus pusieron a los cráteres del lejano planeta nombres de mujeres célebres: Pearl Buck, Margaret Mead, Clare Boothe Luce, Lillian Hellman, Gertrude Stein y María Estuardo, reina de los escoceses. Arendt y McCarthy no han tenido ese honor.)

A McCarthy le agradaba observar a su amiga *pensando*. «Verla hablar en público era como ver las imágenes de la mente en acción, gesticulando», contó a los asistentes al funeral de Arendt en 1975, a quienes proporcionó una imagen vívida de la relación cinética de Arendt con las ideas: «Hannah era una conservadora; no se desprendía de nada que hubiera sido pensado una vez. Podía servir. Concebía el pensamiento como una especie de industria, que sirve para humanizar el salvajismo de la experiencia: edificar casas, trazar caminos y carreteras, construir diques, instalar barreras contra el viento». Y prosiguió señalando que «la tarea que había recaído en ella, dadas sus excepcionales dotes intelectuales, en su calidad de representante de las generaciones que serían sus contemporáneas, fue la de aplicar el pensamiento sistemáticamente a cada una de las experiencias singulares de su tiempo: *anomia*, terror, formas nuevas de la guerra, campos de concentración, Auschwitz, inflación, revolución, integración escolar, papeles del Pentágono, espacio, Watergate, papa Juan, violencia, desobediencia civil. Y una vez al-

canzado esto, dirigirlo hacia el interior de sí mismo, a sus propios métodos de funcionamiento».[8]

En su correspondencia ellas abordan gran parte de los temas de este vasto temario, los discuten como si estuvieran conversando. La filosofía proporcionó a Arendt una manera de pensar la política y las cuestiones sociales que fue importante para McCarthy desde un punto de vista práctico, como lo es para nosotros hoy, pues se opone tanto a la demagogia del pensamiento ideológico como a la fe sectaria de los «intelectuales teóricos» (como llamaba McCarthy a los asesores del presidente Kennedy) en el terreno de los hechos que tratan las ciencias sociales. Los diálogos de Arendt con los filósofos clásicos (hombres blancos que ya están muertos, diría de ellos un multiculturalista) ofrecen al lector contemporáneo la posibilidad de escapar a los debates académicos actuales acerca de lo que constituye la tradición intelectual en un universo pluralista. Resueltamente eurocéntricas, sus lecturas de la filosofía y la historia occidentales diseminadas en sus cartas son hoy muy pertinentes precisamente porque nos invitan a pensar para nosotros mismos. No *por* nosotros mismos: «Siempre pensé que uno tiene que ponerse a pensar como si nadie hubiera pensado antes, para luego empezar a aprender de todos los demás», dijo Arendt en una ocasión;[9] pero pensar *para* nosotros mismos. Ella decía, *Denken ohne Ge-länder*: pensar sin trabas.

Por azar o elección, Arendt había sido educada en la tradición escolar alemana que exalta la soledad, algo que a veces desconcertaba a sus amigos norteamericanos. Su padre había muerto cuando ella contaba seis años de edad, la misma edad que tenía McCarthy cuando perdió a sus padres. Y aun